OSCURA PRADERA

37 poemas

José Lezama Lima

ÍNDICE

Una fiesta que no acaba nunca.
Prólogo de Vicente Undurraga 7
Nota a la edición 11

De *Enemigo rumor*
Ah, que tú escapes 15
Son diurno 16
Una oscura pradera me convida 17
Se te escapa entre alondras 18
Como un barco 20
Puedo mirar 22
Ahora que estoy 24

De *Aventuras sigilosas*
Llamado del deseoso 27
Encuentro con el falso 29
El retrato ovalado 31

De *La fijeza*
Noche dichosa 37
Resistencia 39
Corta la madre del vinagre 41
Cuento del tonel 42
Invocación para desorejarse 43

De *Dador*
Cielos del Sabbat 47
Para Lorenzo García Vega 51

De *Fragmentos a su imán*

Octavio Paz 55
La madre 57
Eloísa Lezama 59
Una fragata... 60
Discordias 62
Mi esposa María Luisa 64
Doble noche 66
Estoy 70
El esperado 72
El abrazo 74
Universalidad del roce 77
Esperar la ausencia 79
Una batalla china 81
La escalera y la hormiga 82
Lo inaudible 84
María Zambrano 85
Vieja balada surrealista 87
La mujer y la casa 88
El pabellón del vacío 89

De la obra dispersa

Para mis dos hermanas... 95

UNA FIESTA QUE NO ACABA NUNCA

Por Vicente Undurraga

Más que un narrador o un poeta, que un crítico o un escritor de cartas, José Lezama Lima (1910-1976) fue una nueva forma de decir las cosas, una deslumbrante fuerza verbal, la lengua hecha un río caudaloso. Su padre murió cuando él tenía nueve años y desde entonces empezó a fijar su atención en las imágenes, obsesivamente, partiendo por la imagen de esa ausencia irreparable. De ellas está hecha primordialmente su literatura.

Lo otro que determinó su obra y su vida sedentaria fue el asma: su escritura está marcada por una respiración dislocada, "como teniendo que hacer un potente esfuerzo por alcanzar un ritmo normal". Lezama Lima hace sonar de manera asombrosa las palabras (las de siempre y algunas que desempolva de remotos rincones del castellano o que manipula con descarada soltura), creando fraseos mucho más allá, o acá, del significado, pero soltando una y otra vez destellos de sentido, poderosas intuiciones, boyas de entendimiento en marejadas de extrañeza.

Imágenes y aire, entonces. Pudo con ello en su escritura dedicar inolvidables pasajes a la exquisita descripción de un vaso, un leve sobresalto, el devoto amor

por su madre, su hermana o su esposa, un par de zapatos, los pasos de una hormiga en la escalera, el detalle de un abrazo, una noche en vela o las peripecias de un deseoso y su "tenaz cirio dispuesto a romper su balano envolvente, con un casquete sanguíneo extremadamente pulimentado".

Apenas salió de Cuba, asfixiado no sólo pulmonar sino también políticamente; sin embargo, ese mundo que no conoció supo volverse en su escritura más misterioso y a la vez más amplio. María Zambrano, quien fuera su amiga y corresponsal por años, escribió que Lezama trabajaba en "ese lugar primario que corresponde a la poesía que se adentra en la realidad despertándola y despertándose". Leer sus poemas es entrar en juegos desconocidos, en fabulaciones barrocas, en tupidos bosques sin mapa por donde cabe desplazarse con la alegría del aventurero y la confianza del devoto que sabe –y no habrá defraudación– que la luz entrará en claros impensados, a veces como fugaces rayos, otras en forma de arrebatadores chorros tras los cuales toda oscuridad no será nunca tenebrosa sino, al contrario, un espacio cálido, un sendero imprevisto.

"Cada uno de sus lentos desplazamientos mentales se convierte en un relumbrón verbal, como si una de esas grandes tortugas tropicales braceara de noche en un mar de noctilucas", anotó Enrique Lihn, que admirando su estilo reparó en que "no siempre se salva de la inflación de las palabras". Pero es justamente en su vocación de no salvarse, es decir en su arrojo, en su descuadrada temeridad, en su disposición al delirio y el extravío, donde nace lo mejor de la escritura de Lezama, sus hipnóticos hallazgos verbales ("Una oscura pradera me convida"), sus epifanías de sentido, su ternura, su

sonrisa, sus magias visuales ("alegre como un dios con la cara mojada") y su música arrebatadora, que antecede a todo y también lo sucede, una música que abraza al mundo, como se deja oír, por ejemplo, en el bailable comienzo de "Cielos del Sabbat":

Ahincadas o labiándose, por el parque o el mar,
trocar, Trocadero, anapestos, trocaicos, se deciden.

Llena de pensamientos que se espejean, de meditaciones literarias y pasajes sensuales, de indagaciones en lo íntimo y exploraciones en el ámbito siempre desafiante de las cosas de este mundo y los misterios de la finitud, su radical escritura es una sola en poesía (mil páginas), ensayo, narrativa y correspondencia, navegadas todas las aguas según el principio de que "sólo lo difícil es estimulante", pero he ahí su grandeza y su carácter: compensa toda exigencia con una permanente excitación de los sentidos, de la imaginación, del oído, de las asociaciones mentales, de la emoción. Por eso su obra –que con el paso del tiempo va tendiendo a la claridad, como toda noche– es inquietante y hospitalaria a la vez, lujuriosa y delicada. Es, como "la universalidad del roce" de la que habla en un poema, una fiesta que no acaba nunca.

NOTA A LA EDICIÓN

Pensada esta antología como una entrada general a la poesía de Lezama Lima, o una síntesis de sus mejores notas, he optado por escoger treinta y siete poemas breves, relativamente breves, excluyendo de la selección aquellos que exceden las cinco páginas (algunos extraordinarios, como "Para llegar a la Montego Bay") y privilegiando los de sus años finales, de manera de exponer las variaciones de un decir audaz en sus formas más próximas o amigables y, quizás, más logradas. Para preparar este libro he consultado varias ediciones de la poesía de Lezama, pero especialmente la más reciente edición de su *Poesía completa* (Editorial Sexto Piso, México-Madrid, 2016, edición de César López), así como el pionero *Órbita de Lezama Lima* (Ediciones Unión, La Habana, 1966, edición de Armando Álvarez Bravo) y el póstumo *Fragmentos a su imán* (Lumen, Barcelona, 1978). El título *Oscura pradera* está tomado de un poema temprano incluido en esta selección.

De *Enemigo rumor*

(1941)

AH, QUE TÚ ESCAPES

Ah, que tú escapes en el instante
en el que ya habías alcanzado tu definición mejor.
Ah, mi amiga, que tú no quieras creer
las preguntas de esa estrella recién cortada,
que va mojando sus puntas en otra estrella enemiga.
Ah, si pudiera ser cierto que a la hora del baño,
cuando en una misma agua discursiva
se bañan el inmóvil paisaje y los animales más finos:
antílopes, serpientes de pasos breves, de pasos evaporados,
parecen entre sueños, sin ansias levantar
los más extensos cabellos y el agua más recordada.
Ah, mi amiga, si en el puro mármol de los adioses
hubieras dejado la estatua que nos podía acompañar,
pues el viento, el viento gracioso,
se extiende como un gato para dejarse definir.

SON DIURNO

Ahora que ya tu calidad es ardiente y dura,
como el órgano que se rodea de un fuego
húmedo y redondo hasta el amanecer
y hasta un ancho volumen de fuego respetado.
Ahora que tu voz no es la importuna caricia
que presume o desordena la fijeza de un estío
reclinado en la hoja breve y difícil
o en un sueño que la memoria feliz
combaba exactamente en sus recuerdos,
en sus últimas playas desoídas.
¿Dónde está lo que tu mano prevenía
y tu respiración aconsejaba?
Huida en sus desdenes calcinados
son ya otra concha,
otra palabra de difícil sombra.
Una oscuridad suave pervierte
aquella luna prolongada en sesgo
de la gaviota y de la línea errante.
Ya en tus oídos y en sus golpes duros
golpea de nuevo una larga playa
que va a sus recuerdos y a la feliz
cita de Apolo y la memoria mustia.
Una memoria que enconaba el fuego
y respetaba el festón de las hojas al nombrarlas
el discurso del fuego acariciado.

UNA OSCURA PRADERA ME CONVIDA

Una oscura pradera me convida,
sus manteles estables y ceñidos,
giran en mí, en mi balcón se aduermen.
Dominan su extensión, su indefinida
cúpula de alabastro se recrea.
Sobre las aguas del espejo,
breve la voz en mitad de cien caminos,
mi memoria prepara su sorpresa:
gamo en el cielo, rocío, llamarada.
Sin sentir que me llaman
penetro en la pradera despacioso,
ufano en nuevo laberinto derretido.
Allí se ven, ilustres restos,
cien cabezas, cornetas, mil funciones
abren su cielo, su girasol callando.
Extraña la sorpresa en este cielo,
donde sin querer vuelven pisadas
y suenan las voces en su centro henchido.
Una oscura pradera va pasando.
Entre los dos, viento o fino papel,
el viento, herido viento de esta muerte
mágica, una y despedida.
Un pájaro y otro ya no tiemblan.

SE TE ESCAPA ENTRE ALONDRAS

Se te escapa entre alondras el ruido de sienes
para el agua desoída en las primeras horas
que existen o no existen pero siempre aletean
buscando la compuerta de un ruido virado
por el exceso de trabajo, por la risa.

Que existen o no existen
si tú fueras el primero
a cazar en la nieve
los insectos sin ojos
que ruedan por la nieve.

Oh, que tú seas el fin que entorna los balcones
que despiertan sin nunca despertar
en la hora prestada, al baño de los ciervos.
Que lo que aprisiones sea más que el ruido
del brazo donde todo es mar afinado
para el solo momento de alcanzar el relente.
Oh, que tus labios asciendan en la respiración de los balcones
que aceptan la prisa del humo deletreado
y tus miradas se estilen en la orilla de los ríos
reemplazando a los suicidas.

Y su suerte se ha quedado
bajo los párpados pobres
como un pellizco en la rosa
del aliento de los dedos

y se reconoce y se pierde
en los insectos sin ojos
que ruedan por la nieve.

COMO UN BARCO

Llamadas voces corrían por el canto del cielo
bordeando de los dedos las islas.
Una voz que se aislaba,
palmeras, islas nadadoras, hojas del recuerdo,
nevando el perfil más voraz,
punto incierto volado del anillo que salta,
del cuerpo que olvida al soplar las palmeras
un perfil movedizo, congelado y batiendo
el cuerpo que ávidamente bebía.

Como un barco temblaban los cabellos
atados a las últimas palabras,
finamente anudadas las pestañas
erraban imponiendo silencios,
obligando al húmedo recuerdo de las manos atadas,
al contorno resuelto en guitarra y granizo.
El laúd o ese labio pinchado
que se quedó prendido a la envidia del caracol,
o a ese caracol que se fugó de la reyerta al destierro.
Esa ceniza y esos labios antaño perseguidos,
arco de la espiral aspirada,
volverán a despertar después de la llamada a tu rostro.
Después de las aguas que van invadiendo
los sentidos, la guirnalda y las lámparas.
También las manos adelantadas
para adormecerse en el ajedrez
o pulsar un verano que en pulseras y en sistros retrocede
y nadando se ciñe la corona de la risa,

o ya sopla desvanecido corcel
tan manchado, tan amargo,
tan querido que crece amarrado a las espaldas de los dioses
desterrados y al amigo en el cielo.
La sombra de la nube rápidamente caía.
El cuerpo enrollado en su manto y su sombra ávidamente
bebía.